



48

KIOSCO SANTY

SIN ÉL, NO HAY

POR JUAN CARLOS MARADDÓN. FOTOS DE PAULA OLAECHEA. A mitad de camino entre la ciudad y el más allá, una esquina resguarda la saludable costumbre que nos permite convivir con quienes no tienen ni nuestra misma suerte ni nuestra misma desgracia. En ese lugar, en esa circunstancia, Argüello reclama para sí el título de capital del imperio del lomito de pollo.

Hace veinte años, la esquina donde hoy tiene su reducto el Santy era apenas un sucucho de dos por uno. Yo pasaba caminando todos los domingos rumbo al puesto de diarios y revistas. Me asomaba al sucucho, compraba unos caramelos y seguía. Nada hacía pensar que de un lugar tan pequeño surgiría, con el tiempo, el imperio del lomito de pollo que hoy se erige en la intersección de la Avenida Núñez con la calle Perrín.

Pero aquí estamos, con una fotografía que vive en este barrio, en un jueves de octubre, rogándole al Santy que nos consiga una mesa. Esto es Argüello. Por aquí, por este mismo lugar, anduvieron saludando unos cuantos ídolos populares. Ciriaco Ortiz vino tantas veces desde el centro que terminó componiendo un vals. Y en el otro rincón, el Potro Rodrigo atravesó esta esquina con destino a la casa de los Olave en Los Nogales.

Junto a esta vereda donde estamos sentados, bramaban los bólidos que recorrían el circuito de La Tablada. Y a pocos metros de acá, en el cantero central de la Núñez, está el monolito que recuerda el peor accidente ocurrido en el marco de esa gesta automovilística. El 16 de abril de 1925, el Stutz que tripulaba Eduardo Luro se estrelló contra un árbol. Además del piloto, murieron su acompañante, Rodolfo Figoli, y Rosa D'Angelo, una vecina que se había acercado para ver pasar a los intrépidos volantes.

Esas máquinas despeinaban al público al alcanzar velocidades que superaban los 100 kilómetros por hora. Y desde que estamos sentados acá, esperando que el mozo descargue una cerveza y dos lomos completos sobre la mesa, varios de los que circulaban por la avenida rompieron esa marca. Sin bramidos y sin casco. "Accidents Will Happen", decía Elvis Costello.

Acá, justo al frente, está Palmira Senior. Desde comienzos de los noventa, ese lugar se reserva el derecho de admisión y sólo convoca a los "mayores". Los "mayores" que, quizás, no escuchan a los Rolling Stones, en tanto sus hijos tienen a las Majestades Satánicas en un *wallpaper*. ¿Son esos "mayores" más mayores que los Stones? Difícilmente. Y así estamos, sujetos a la dictadura de un marketing que manipula las edades y los calendarios con un criterio idiota. En los boliches para mayores se baila con Lenny Kravitz. En los boliches para menores, el favorito sigue siendo Michael Jackson. A pocos pasos del Santy, abre sus puertas Crazy Horse, el bar al que la historia recuerda como Ongie. Luz tenue, música melódica, Ongie era el reino del humo de cigarrillo en épocas de libertad para los fumadores. Las parejas se distribuían en las mesas como si fuesen naipes. Nadie podía jugar al solitario en ese lugar.



BARRIO QUE AGUANTE

49

Pero el Santy condenó a Ongie a cambiar de nombres y de dueños, sin recuperar su rumbo. Porque el Santy también tiene kiosco y un tele con eventos deportivos en pantalla. Tiene a la gente, bah. El Santy manipula las bandejas de plástico como si Scorsese lo estuviera filmando. Y guía a esos recipientes hasta su destino fatal, sin que se le derrame una sola papita salada.

Sobre estos metros cuadrados, se distribuye una paleta de ciudadanos difícil de catalogar. Familias con chicos pequeños, matrimonios de pacíficos abuelos, cuarteto's *dancers* con ánimo de previa. Y Manuel, que llega con su novia y sus amigos de la inauguración de una muestra en Villa Allende. Y alguna vez me encontré acá con el Cara e' Pito, que décadas atrás sorprendió con sus hazañas futbolísticas a las divisiones del ascenso de la Liga Cordobesa. Todos juntos ahora. Todos degustando. La casa invita

El Santy manipula las bandejas de plástico como si Scorsese lo estuviera filmando. Y guía a esos recipientes hasta su destino fatal, sin que se le derrame una sola papita salada.

con su especialidad, deshuesada y entre dos carcasas de pan francés. Una salsa que es el *touch* distintivo del manjar. Y ahí vamos.

El Santy dirige la batuta como si se tratara de un *croupier* haciendo girar la rula. Maneja los diálogos con la bonhomía que ya supo demostrar cuando atendía un almacén. Se llama Carlos. Pero le dicen Santy porque nació en la madre de todas las ciudades.

Yo lo conozco desde hace tiempo. Es cuñado de uno de mis amigos de infancia. Las relaciones en el barrio tejen redes que no pueden generalizarse hacia otros sectores de la ciudad. Esto es en Argüello, una región extraña, ilimitada, inclasificable. Aquí convive el punga con el nuevo rico que vaya a saber por qué no se fue a un country. Aquí todavía hay casas que alojan un changuito para ir de compras. Y residencias cuyo ingreso está presidido por un doberman y dos bulldogs. En las cocheras pro-

líferan las Hilux, pero no faltan los Peugeot 404. Y deambula por las tardes el loco que pasea su carrito de supermercado.

"¿Todo bien?", pregunta el Santy en su carácter de anfitrión. Y cuando la fotógrafa se levanta para hacer su trabajo, el dueño elogia en voz baja la belleza de la chica que cliquee en su negocio hasta flashearla. Hoy hace calor, la gente se ha sentado afuera y en el interior del local sólo se destaca la soledad de las cabinas de teléfono.

Otro amigo está llegando. Pero nosotros ya hemos pagado y seguimos viaje. Esto es Argüello. El punto intermedio entre Córdoba y el más allá. 🍷



Coordenadas ■

Kiosco Santy
Avda. Rafael Núñez 6100
(esquina Perrín) - Argüello.

Abierto al mediodía y a la noche.